

¿Cómo citar este artículo?

Apellidos, Nombre (del autor del texto) (2007). "Título" (del artículo), en Pérez Redondo, R.J. y Martín Cabello, A. (Coords.) *Castilla-La Mancha: 25 años de autonomía*. Toledo: ACMS, pp. (de inicio y final del artículo).

## **DE LAS CULTURAS A LAS CIVILIZACIONES: EL TRÁNSITO DE LAS SOCIEDADES DE HORTICULTORES A LAS SOCIEDADES AGRARIAS**

Antonio Martín Cabello

Universidad Rey Juan Carlos (Madrid)

Resumen: Esta comunicación pretende describir el paso de las sociedades de horticultores, surgidas de la "revolución neolítica", a las sociedades agrarias, donde se gestaron las primeras civilizaciones. El objetivo que se persigue es mostrar los principales factores ecológicos, económicos, políticos y sociales que contribuyeron a la aparición de unidades culturales más amplias y profundas que las culturas tribales anteriores.

Palabras clave: Cultura, civilización, evolución cultural, sociedades de horticultores, sociedades agrarias.

### **1. INTRODUCCIÓN**

La sociología, quizá por el momento histórico en que apareció, se ha centrado una y otra vez en la descripción del tránsito de las llamadas "sociedades tradicionales" a las "sociedades modernas". Es decir, el interés ha estado en la desaparición de las "sociedades agrarias", usando una terminología propia de economistas e historiadores, y en el surgimiento de un nuevo tipo de sociedad basado en la industria y la explotación de fuentes energéticas avanzadas. Esta tendencia se ve reforzada hoy día por el estudio de la modernidad tardía.

El análisis de la modernidad ha provocado que en no pocas ocasiones se dejaran de lado otros procesos revolucionarios en la vida social de los seres humanos. Incluso se habla de las sociedades agrarias en términos que excluyen el análisis sociológico: la sociedad agraria como comunidad frente a la sociedad moderna como verdadera sociedad. De resultados de lo anterior, el análisis de las sociedades preindustriales ha sido realizado sobre todo por antropólogos e historiadores. Los primeros centrados mayoritariamente en las "sociedades primitivas", es decir, en los grupos humanos que no compartían la modernización en el momento que esta se producía; y los segundos mediante el análisis de las grandes sociedades extintas, bien usando fuentes documentales cuando existían o buscando en el registro arqueológico como complemento del material escrito o como sustituto cuando no se encontraban documentos escritos.

Este hecho, sin embargo, no implica que la sociología no pueda aportar explicaciones fecundas en el análisis de procesos sociales pasados. Así, aún hoy, cuando se habla de la superación de la modernidad, se continúa discutiendo ampliamente acerca de los orígenes y causas de la modernidad. Bien es cierto que en el análisis de procesos de cambio pretéritos no se puede contar con datos habituales en la investigación sociológica, sobre todo con datos cuantitativos; pero

la sociología histórica cuenta con poderosas herramientas para superar estas barreras.

Esta comunicación pretende dar cuenta de la aparición de las primeras civilizaciones como entidades más densas y extensas que las culturas tribales pasadas, y de los factores ecológicos, económicos, políticos y sociales que propiciaron la aparición de formas sociales y culturales más complejas. En la evolución cultural, como ocurre entre los organismos biológicos (Cavalli Sforza, 2007), parecen gestarse entidades más complejas y, por ello, menos frecuentes, pero al tiempo más potentes y comprensivas. Se trata, pues, de presentar un intento de recopilación de los principales factores explicativos del tránsito hacia las primeras civilizaciones.

## 2. CUESTIONES PRELIMINARES

### 2.1. *Culturas y civilizaciones*

Los conceptos de cultura y civilización están lejos de ser dos conceptos claros. En sociología ha sido habitual distinguir, por herencia de la sociología clásica alemana, entre civilización como el aparato material que acompaña al desarrollo de las sociedades y cultura como la expresión auténtica del genio de un pueblo. Es decir, la cultura se equiparaba con la cultura antropológica de una etnia y la civilización como el aparato material de las sociedades con mayor grado de desarrollo. Hoy esta división, basada en la clásica dicotomía entre materia y espíritu o cuerpo y alma, suele descartarse, al entenderse que ambas están compuestas tanto de elementos materiales como ideales.

En este sentido, es más habitual comprender, como hace Johan Galtung, que la civilización es: “La cultura compartida a través de países y de naciones, incluso a través de continentes y a lo largo de períodos de tiempo enormemente largos” (1995: 20). En otras palabras, las civilizaciones no serían consustancialmente diferentes de las culturas. Una civilización se diferenciaría de una cultura tanto en su extensión como en su grado de desarrollo. La civilización es un paso más en la evolución de las culturas humanas, en la cual el nivel de complejidad ha aumentado. Así, las civilizaciones presentan diferencias notables respecto a las culturas debido a su mayor complejidad, tanto en su extensión como en su configuración. El primer aspecto resulta patente, ya que las civilizaciones suelen abarcar diferentes grupos culturales e incluso políticos. Cuando V. Gordon Childe describía la civilización surgida en Mesopotamia afirmaba que: “Poco después del año 3.000 a.c., los primeros textos escritos nos proporcionan un cuadro de la organización social y económica de Sumer y Akkad. El territorio estaba dividido entre 15 y 20 ciudades-Estado, cada una de ellas autónoma desde el punto de vista político, *pero disfrutando todas ellas de una cultura material común, lo mismo que de una religión y un lenguaje también comunes*, y siendo económicamente interdependientes en gran medida” (1997: 215). La cultura, por

tanto, superaba las limitaciones territoriales de la tribu o el clan totémico y abarcaba áreas geográficas más amplias.

El segundo aspecto pasa muchas veces más desapercibido, pero tiene una mayor relevancia. La configuración de las culturas varía al convertirse en civilizaciones. El principal rasgo de esta nueva configuración es la estabilidad. En las civilizaciones, la cultura se codifica y se hace más estable, es decir, adquiere una mayor independencia de los sujetos portadores en un momento concreto. La cultura pasa a estar controlada por organizaciones dedicadas a su cuidado: por ejemplo, las burocracias estatales o eclesiásticas, que establecen los cauces necesarios para un sustento más independiente de los portadores. Estos cauces fueron básicamente la formación reglada o educación formal y la codificación de la cultura en formatos que iban más allá del cerebro humano (primordial, aunque no únicamente, mediante la escritura).

## 2.2. Una tipología de formaciones sociales

El tránsito que se pretende analizar aquí es el que se produjo aproximadamente hace 5.000 o 6.000 años y que supuso el paso de los niveles 4 al 5 planteados por David Christian (Tabla 1). Este tránsito implicó el paso de las llamadas sociedades y culturas de horticultores a las sociedades y civilizaciones agrarias. En la formación de las sociedades agrarias se gestaron las primeras grandes civilizaciones, que supusieron una transformación cuantitativa y, sobre todo, cualitativa de las anteriores culturas.

Escalas de organización social		
Nivel	Escala y tipo de estructura social	Tamaño (población)
7	<i>El sistema global moderno</i> : comprende todas las sociedades del mundo dentro de jerarquías de influencia, riqueza y poder.	+ 6.000 millones
6	<i>Sistemas internacionales e imperios</i> : comprende grandes regiones relacionadas cultural, económica y, a veces, políticamente.	Entre cientos de miles y millones
5	<i>Estados/naciones/ciudades/alianzas supertribales</i> : grandes sistemas económicos y militarmente poderosos, con estado o estructuras proto-estatales.	Entre miles y cientos de miles
4	<i>Culturas/tribus/pueblos y aldeas próximas</i> : grupos reproductivos relacionados, a veces con jefatura única: “grandes hombres” o jefes.	Entre 500 y varios miles
3	<i>Grupos reproductivos/grupos de aldeas</i> : grupos locales que están informalmente relacionados por la genealogía y la cultura y cuyos miembros suelen casarse entre sí.	50-500 personas
2	<i>Grupos locales o de subsistencia/aldeas/hordas</i> : grupos emparentados que viajan o viven juntos.	8-50 personas
1	<i>Grupos parentales o familiares</i> : madre con hijos que suele vivir en el mismo habitáculo que el padre.	2-8 personas

Tabla 1. Fuente: Christian, 2007: 304.

Las sociedades de horticultores, llamadas también sociedades comunales, supusieron el abandono del estado nómada o seminómada del ser humano propio de las comunidades de forrajeros. Estas sociedades, fruto de la

llamada “revolución neolítica”, eran diferentes de las sociedades agrícolas surgidas más tarde. Según Vere Gordon Childe (1997), las sociedades de horticultores se caracterizaban por un uso primario de la agricultura (habitualmente basado en un uso no intensivo de la tierra), que se combinaba con la ganadería y con la caza y la recolección. En esta época se desarrollaron tres tecnologías básicas: el labrado de la madera, la alfarería y los textiles. Era un tipo de sociedad que permitía la autosuficiencia del grupo. “Debido a que cada grupo fue económicamente independiente de sus vecinos, pudo permanecer aislado de ellos. Y, en tal aislamiento, cada grupo pudo elaborar sus propias artes y artesanías, sus estilos e instituciones peculiares, independientemente del resto” (Childe, 1997: 124). Los seres humanos, por tanto, vivían en pequeñas comunidades independientes con escasa estabilidad en los asentamientos que, no obstante, eran más estables que entre los grupos de forrajeros. Se piensa que se organizaban en clanes totémicos y que existía escasa jerarquía social. En definitiva, pequeños núcleos con fuertes culturas locales ágrafas, compartidas por pocos de estos núcleos, en las que existía un pensamiento mítico-mágico poco institucionalizado y unas estructuras de poder aún en ciernes.

En las sociedades de horticultores, los sistemas políticos se corresponden con el desarrollo de los sistemas tribales y las jefaturas. Posteriormente, en las sociedades agrarias se desarrollaron sistemas más complejos, en primer lugar los proto-estados o estados arcaicos y, posteriormente, los sistemas de estados en los que ya se encuentran complejos sistemas de diferenciación. El siguiente cuadro presenta una explicación del tránsito del sistema comunal-tribal propio de las sociedades de horticultores a los sistemas estatales de las sociedades agrarias (Tabla 2).

<b>Tipología de la evolución del Estado y la economía</b>	
Sistemas tribales-Jefaturas	
Colectivo (Economía en especie a gran escala)	Individualista (Economía de bienes de prestigio)
Estado arcaico	
Centralizado teocrático	Descentralizado secular
Sistema de Estados	
Burocrático	Feudal

Tabla 2. Fuente: Kristiansen, 2001: 81.

Según Kristian Kristiansen (2001: 81-82) las economías de prestigio, individualistas, suelen estar asociadas a sociedades ganaderas y comerciales, mientras que las economías en especie a gran escala lo están con las sociedades agrarias. Las primeras son segmentarias e individualizadas y suelen dar pie a estados fragmentarios (ciudades-Estado, feudalismo, etc.), mientras que las segundas dan lugar a grandes colectivos territoriales (despotismo, esclavismo, etc.). Por tanto, las sociedades de agricultores que sustituyeron a las sociedades de horticultores siguieron dos caminos muy distintos. Por un lado, aquellas que se

especializaron en la agricultura masiva, las sociedades agrarias, fueron el germen de las primeras civilizaciones; por otro, las sociedades de ganaderos (o ganaderos montados a caballo) y las sociedades de comerciantes ejercieron su influencia en estrecho contacto con las grandes civilizaciones agrarias. De hecho, las sociedades de ganaderos o de comerciantes siempre se desarrollaron en la periferia de las sociedades agrarias, por lo que pueden considerarse tangenciales al surgimiento de las grandes civilizaciones.

El tipo social que aquí llamamos sociedad agraria ha sido denominado tributario (Amin, 1976), centralizado-teocrático o burocrático (Kristiansen, 2001), exactor (Wolf, 1975 y 1982) o despótico oriental (Marx, 1968; Wittfogel, 1966). V. Gordon Childe (1997) habla de una “revolución urbana”, continuación de la “revolución neolítica” que propició la aparición de las sociedades horticultoras, para definir las sociedades agrarias. Este tipo de sociedades presenta para todos estos autores una serie de rasgos que permiten diferenciarlas de las sociedades horticultoras anteriores. En primer lugar, la agricultura pasa a ser la base de la economía, produciéndose una dependencia de ella mayor que en épocas pasadas. La aplicación de la energía animal y el invento del arado transformaron el modo de producción. Se produjo, en segundo lugar, una revolución debida a los avances en la metalurgia y a la invención de la rueda. Finalmente, en esta época se detecta una creciente importancia de la casta sacerdotal y la aparición de formas de gobierno estatales, así como un aumento de las desigualdades sociales y de la frecuencia de la guerra.

### 2.3. *Periodos históricos*

El paso de las sociedades de horticultores a las sociedades agrarias puede situarse históricamente entre el 3.000 o 4.000 a.c. Como hemos visto Gordon Childe habla de “revolución urbana” para describir la aparición de estas sociedades. Las sociedades de horticultores aparecieron en una fecha tan lejana como 8.000 o 9.000 a.c., en lo que se ha denominado la “revolución del neolítico”, y duraron cerca de 5.000 años. Otros autores, como Colin Tudge (2000), retrasan el periodo de aparición de la horticultura. Para este autor surgió hace al menos 40.000 años con la aparición del *Homo sapiens* anatómicamente moderno y no hace 10.000 durante la llamada “revolución neolítica”. Algunas formas de agricultura, como las quemadas intencionadas, y de ganadería, el control de la caza, acompañaban al ser humano moderno desde sus orígenes. “La Revolución neolítica no representa el comienzo de la actividad agropecuaria, lo que representa es la transición entre una agricultura y una ganadería de tiempo libre –un suplemento añadido a la caza y la recolección–, y la época en que, impulsada por circunstancias cambiantes y por la necesidad, la actividad agropecuaria se convirtió en norma” (Tudge, 2000: 84). Si bien es cierto que los orígenes de la horticultura, o “agricultura y ganadería de tiempo libre”, pueden ser anteriores a lo que se había mantenido tradicionalmente, hace 10.000 años se produjo un salto cualitativo importante que supuso una mayor

preponderancia de las actividades agrícolas y ganaderas: la “revolución neolítica”. Posteriormente, las sociedades agrarias en Mesopotamia surgieron en torno al 3.200 a.c., en Egipto alrededor del 3.100 a.c, en China y la península Indostánica sobre el 2.000 a.c. y, finalmente, en Centroamérica el 1.000 a.c. La tabla 3 recoge las fechas de origen de las principales civilizaciones históricas.

Fecha	Acontecimiento
3200 a.c.	Primeros estados en Sumer
3000 a.c.	Primeros estados en Egipto
2500 a.c.	Primeros estados en el N. India/Pakistán (desap. en II milenio)
2200 a.c.	Primeros estados territoriales/imperios en Mesopotamia
2000 a.c.	Primeros estados en el N. Chicha (río Amarillo)
1000 a.c.	Reaparecen estados en el N. India/Ganges
500 a.c.	Primeros estados en el sureste asiático
500 a.c.	Primer <<imperio secundario>> en Persia
500 a.c.	Primeros estados en Mesoamérica
500 a.c.	Primeros estados territoriales/imperios en Mesoamérica
600 d.c.	Primeros estados en África subsahariana
1400 d.c.	Primeros imperios secundarios en Mesoamérica/S. América

Tabla 3. Fuente: Christian, 2007: 358.

### 3. EL TRANSITO: FACTORES EXPLICATIVOS

En primer lugar, es necesario remarcar que cuando se describe la aparición de las primeras civilizaciones debe olvidarse la idea salto o revolución, pues la realidad nos muestra un proceso con una duración muy amplia. Remarcar ciertos hechos y fechas puede hacer creer que en periodos de tiempo muy cortos se asistió a la aparición de nuevas formas sociales. Esto no es así. Aunque pueda hablarse de “revoluciones”, el tránsito ocupó un tiempo histórico muy largo, en el que coexistieron, con inevitables avances y retrocesos, ambas formaciones sociales, si bien la sociedad agraria se fue imponiendo lenta pero inexorablemente a la sociedad horticultora.

En segundo lugar, como hoy día casi parece obvio, el análisis de este macro-proceso de cambio social no puede ceñirse a un único factor causal. Se hace necesario reconocer la multidimensionalidad del proceso y la imposibilidad siquiera de establecer una gradación de los factores en función de su peso relativo. Tal y como afirma Conrad Phillip Kottak del intento de buscar las causas del origen del Estado: “Siempre son muchos los factores que contribuyen a la formación de un estado, con los efectos de uno magnificando los de otros. Aunque algunos de estos factores aparecen una y otra vez, ninguno está siempre presente. En otras palabras, las causas de la formación del estado son generales y no universales” (1994: 251). Además, la dispersión, cuando no inexistencia, de los datos disponibles hace imposible una cuantificación del fenómeno. Por tanto, esta búsqueda de factores explicativos pretende construir un relato que de modo

tentativo nos acerque a una mayor comprensión del nacimiento de las sociedades de agricultores y de las primeras civilizaciones.

### *3.1. Factores ecológicos*

El paso de la horticultura a la agricultura vino, sin duda, condicionado por factores ecológicos. En el momento histórico que hizo aparición la agricultura como actividad productiva diferenciada de la horticultura, el ser humano había colonizado ya la mayor parte de la extensión del planeta y se había adaptado a una amplia gama de hábitat. Aunque pueda parecer paradójico, las sociedades agrarias surgieron en entornos áridos y en una época en que se volvían más áridos. Las regiones áridas de los trópicos y subtropicos, pese a lo que pudiera parecer, “cuentan con una nubosidad muy reducida, por lo que reciben grandes cantidades de luz solar. Como resultado, gozan de un gran potencial productivo, si se puede superar el factor limitante de la carencia de agua” (Campbell, 1996: 198-199). Es decir, la agricultura surgió en un medioambiente que era altamente improductivo en condiciones “naturales”, pero que modificado por la acción humana adquiría un potencia enorme.

Además, “en determinado momento del transcurso de la evolución humana, hace entre once mil y doce mil años, la comida empezó a escasear en Oriente Medio, tal vez a causa del cambio climático que se verificó al final de la última glaciación, hace unos trece mil años” (Cavalli Sforza, 2007: 37). Lo cierto es que este hecho fue común a las regiones subtropicales de África y Asia, que se volvieron más áridas, y, pese a este acontecimiento, el ser humano fue capaz de producir más alimentos en este tipo de entornos y favorecer la expansión de la raza humana. Porque, como reconoce David Christian, “la población mundial pasó de 6 millones aproximadamente a 50 millones entre los años 8.000 y 3.000 a.c.” (2007: 315). La mayor productividad de la agricultura permitió el aumento de la población y, al tiempo, una mayor división del trabajo, ya que cada campesino era capaz de mantener a más población no productiva. Se ha calculado que un campesino en la civilización maya era capaz de alimentar al menos a otra persona no directamente involucrada en actividades agrícolas; y que la proporción era de uno a cinco en la agricultura cerealística de Mesopotamia y Egipto (Diamond, 2006: 222). Este hecho permitió la aparición de grandes núcleos urbanos mantenidos por el excedente agrario, que permitieron un aumento poblacional, una mayor división social del trabajo y una circulación del conocimiento de proporciones desconocidas en las modestas sociedades horticultoras.

Quizá el autor que más hincapié ha hecho sobre la importancia de los factores ecológicos en el desarrollo de las grandes civilizaciones ha sido Jared Diamond (2004). Para este autor, los factores geográficos y biogeográficos son la causa última de la aparición de las civilizaciones: la aclimatación de plantas cultivables y la domesticación de animales estuvo motivada por factores ecológicos independientes de la actuación del ser humano. La producción de alimentos

(agricultura y ganadería) permitió la aparición de poblaciones grandes, densas, sedentarias y estratificadas, siendo estos factores –con fundamento en la ecología–, la base de la invención y difusión de las tecnologías que confirieron ventaja a unas civilizaciones sobre otras: uso de los metales, barcos de altura, escritura o una organización política compleja. Es decir, para Diamond la geografía es el principal factor explicativo del amanecer de la civilización.

### 3.2. Factores económicos

Karl Wittfogel (1966) planteó la aparición de los primeros estados y de las primeras civilizaciones como una consecuencia de la necesidad de organizar la producción. Las sociedades agrarias surgieron en un medioambiente árido o semiárido y precisaban de enormes esfuerzos colectivos para permitir la aparición de la agricultura, que se mostró altamente productiva una vez iniciada. En este tipo de sistema productivo, las actividades de coordinación adquirieron una gran relevancia y, poco a poco, los dirigentes consiguieron despegarse de la masa de trabajadores que proporcionaban el excedente para mantenerles. La economía basada en la irrigación por medio de grandes obras hidráulicas, por tanto, requería enormes trabajos de mantenimiento colectivo y el Estado y su elite dirigente se constituían en mecanismos necesarios para su existencia. Así, el Estado perseguía la disminución de la sociedad civil, posible fuente de oposición, y creaba una estructura fuerte, estable y rica, mediante la organización de la mano de obra por medio de una burocracia letrada altamente especializada.

Es ya clásico citar los trabajos de Kart Polanyi (1994, 2003; y Arensberg y Pearson, 1975) acerca del tránsito de la sociedad de horticultores a las sociedades agrícolas. Polanyi distingue entre tres modos o formas de organización económica, esto es, de sistemas en los que los seres humanos han organizado la provisión y distribución de los bienes materiales necesarios para su sustento. Llama a éstos modos o formas de integración, distinguiendo entre la “reciprocidad”, la “redistribución” y el “intercambio” (Polanyi, 1994: 109 y ss.). El sistema de reciprocidad fue descrito magníficamente por Bronislaw Malinowski en *Los argonautas del pacífico occidental*, al describir una de sus variantes, el *kula*, como “un tipo de intercambio intertribal de gran envergadura; lo llevan a cabo comunidades que ocupan un amplio círculo de islas y constituye un circuito cerrado” (2001: 165), en el que se cambian bienes suntuarios (collares de concha principalmente) y que escapa de una finalidad económica (los propios indígenas lo distinguían del trueque). Es, por tanto, un sistema de flujo de bienes suntuarios entre asociados que genera poderosas alianzas sociales. El segundo sistema, la redistribución, está presente tanto en las sociedades tribales como en las “civilizaciones hidráulicas”, pasando por todo un conjunto de sociedades de menor tamaño: “los kraal de África central, la alcazaba del noreste de África, la casa patriarcal hebrea, la hacienda de la Grecia de Aristóteles, la *familia* romana, el



señorío medieval” (Polanyi, 1994: 115). Y, por último, el sistema de intercambio y de mercado es propio de las sociedades industriales.

El paso de un tipo de sistema económico a otro no es un paso lineal, mantiene Polanyi, sino que todos estos sistemas están presentes en los diversos tipos de sociedades en un grado variable. En las sociedades tribales (en las sociedades de forrajeros y en las sociedades de horticultores) predominan la reciprocidad y la redistribución; en las sociedades arcaicas (sociedades de agricultores) predomina la redistribución con algo de intercambio y reciprocidad; y, finalmente, en las sociedades industriales predomina el intercambio y el mercado, en las que la reciprocidad y la redistribución están lejos de haber desaparecido.

En todo caso, resulta especialmente relevante el estudio que realiza Polanyi del paso de las sociedades tribales a las sociedades arcaicas. Planteaba que en las sociedades tribales, la economía estaba “incrustada”, es decir, subsumida en el resto de instituciones sociales. No había lugar para una economía institucionalizada independiente. Las formas de proporcionar el sustento se basaban en la reciprocidad y la redistribución. “La solidaridad tribal y la incrustación de la economía en ella descansan en relaciones de reciprocidad, así como en la práctica de acumular víveres perecederos en un centro y su inversa de que los bienes acumulados sean disfrutados por los miembros de la comunidad. La solidaridad en el campo económico se mantiene así mediante instituciones que aseguran las relaciones pacíficas con respecto a los alimentos. Como resultado lógico, surge casi un tabú (...) Este tabú prohíbe las transacciones gananciales respecto a la comida” (1994: 136). Ahora bien, en el tránsito de la sociedad tribal a las sociedades agrarias se empezó a producir una independencia mayor de las relaciones económicas. Poco a poco se comenzó a gestar una institución económica autónoma, donde las relaciones económicas se basaban en el interés “por las cosas” y no derivaban de las relaciones de estatus propias de las sociedades tribales.

Para Polanyi, por tanto, el intercambio surgió desde esta base tribal y “las transacciones económicas se hicieron posibles cuando no eran lucrativas” (1994: 137) dentro de las economías asiáticas (Mesopotamia, Egipto). Sin embargo, en Israel y la antigua Grecia –sociedades periféricas a los primeros grandes núcleos civilizatorios–, se permitieron las transacciones lucrativas con alimentos. En estas sociedades, que no obstante no conocieron el mercado tal como lo entendemos hoy día, se permitió el intercambio lucrativo, lo que afectó a la base de la solidaridad social, y se gestó un nuevo tipo de sociedad más fragmentaria, menos extensa en lo geográfico y con una constante lucha de intereses en su seno. La economía institucionalizada “surge por la disolución de la sociedad tribal, especialmente en dos formas: bien mediante la aceptación limitada y estrictamente controlada de ciertos tipos de transacciones, bien eliminando el principio de ganancia de dichas transacciones. La primera es característica de algunas pequeñas sociedades de campesinos, como la Grecia de Hesíodo o ciertas regiones de Israel en la época de Amós; la segunda, del sistema empleado por los imperios hidráulicos de Asiria y

Babilonia” (1994: 151). La primera forma, afirma, se encaminó hacia el mercado y la segunda hacia un sistema de equivalencias, controlado por el Estado, pero que estaba lejos de la idea de una burocracia despótica que predomina en la literatura sobre el sistema de producción oriental. En definitiva, la forma de organizar la producción en las sociedades agrarias osciló entre formas próximas al mercado en las sociedades feudales y formas controladas por el Estado en las sociedades agrarias burocráticas.

### 3.3. Factores políticos

Una interpretación ya clásica del tránsito de las estructuras políticas típicas de las sociedades de horticultores y ganaderos: el “gran hombre” y las jefaturas, a los protoestados y estados propios de las sociedades agrarias es la elaborada por el antropólogo norteamericano Marvin Harris (2004). Según este autor, las poblaciones primitivas de entre 50 y 150 personas que vivían en bandas o pequeñas aldeas carecían de una organización formal rígidamente establecida y, en consecuencia, no había un sistema de poder solidificado. La organización se fundamentaba en los intercambios recíprocos y eran dirigidos por cabecillas igualitarios. Es decir, por personas de reconocido prestigio en el grupo que recibían como recompensa un mayor nivel de honor. Cuando estos cabecillas adquirieron un mayor papel, al pasarse de la mera reciprocidad a la redistribución de los bienes materiales (como mantenía Karl Polanyi), su capacidad de control y coacción sobre las poblaciones a su cargo aumentó mucho. Los grandes hombres que redistribuían los alimentos fueron capaces de ir almacenando cada vez más excedente y al final no necesitaron trabajar para conseguirlo. El gran hombre se había convertido en un jefe y su cargo fue sancionado religiosamente y adquirió un carácter hereditario. Esto se vio reforzado por la guerra. La lucha de unos jefes contra otros provocó que adquieran un poder del que carecían anteriormente, al aglutinar a las poblaciones en torno a ellos. La guerra, para Harris, al igual que la redistribución y la religión fueron cruciales en la consolidación de las jefaturas avanzadas, en un primer momento, y, posteriormente, de los Estados. “Los primeros Estados evolucionaron a partir de las jefaturas, pero no todas las jefaturas pudieron evolucionar hasta convertirse en Estados. Para que tuviera lugar la transición tenían que cumplirse dos condiciones. La población no sólo tenía que ser numerosa (de unas 10.000 a 30.000 personas), sino que también tenían que estar *circunscrita*, esto es, estar confrontada a una falta de tierras no utilizadas a las que pudiera huir la gente que no estaba dispuesta a soportar impuestos, reclutamientos y órdenes. (...) La segunda condición estaba relacionada con la naturaleza de los alimentos con los que había de contribuir al almacén central de redistribución. Cuando el depósito del jefe estaba lleno de tubérculos perecederos como ñames y batatas, su potencial coercitivo era mucho menor que si lo estaba de arroz, trigo, maíz u otros cereales domésticos que se podían conservar sin problemas de una cosecha a otra. Las jefaturas no circunscritas o que carecían de reservas alimentarias almacenables a

menudo estuvieron a punto de convertirse en reinos, para luego desintegrarse como consecuencia de éxodos masivos o sublevaciones de plebeyos desafectos” (2004: 349-350).

En consecuencia, el nacimiento del estado para Harris descansa en varias condiciones ecológicas: el aumento demográfico, la existencia de alimentos almacenables producidos por la agricultura bajo el control de la jefatura y, finalmente, la imposibilidad física de buscar un hábitat alternativo por parte de la población. A esto habría que sumar el poder coercitivo que proporcionaba un ejército profesional pagado con los excedentes controlados por el jefe y la creación de religiones legitimadoras del orden social. El estado, pues, nace desde arriba, al aumentar la capacidad coercitiva de los gobernantes y disminuir la capacidad de resistencia o las posibilidades de escape de los gobernados.

Otros estudios inciden en estos factores a la hora de explicar la emergencia de los primeros estados. Así, Julian H. Steward (1949) o Robert Carneiro (1970) el primero refiriéndose a Mesopotamia, Egipto, China Septentrional, Perú y México, y el segundo a Perú, afirman que los estados suelen surgir en entornos áridos que precisan de una economía hidráulica y que favorecen el crecimiento de una población circunscrita medioambientalmente. Esto facilita la aparición de un poder político y religioso fuerte, hace posible el uso de la guerra y la difusión del comercio y el surgimiento de importantes desigualdades sociales.

#### 3.4. Factores sociales

En el tránsito entre ambos tipos de sociedad se comienza a detectar, como se ha comentado, una mayor distancia social entre sus diferentes componentes. La sociedad empezó a polarizarse en dos grandes grupos sociales en función de su papel ante la estructura productiva. “La diferenciación social básica en estos primeros estados no se establece únicamente en términos de riqueza sino ante todo en función de trabajo: entre *quienes trabajan* y *quienes hacen trabajar*; quienes trabajan para la comunidad y los que realizan trabajos particulares, quienes se especializan en determinado tipo de trabajo productivo (agrícolas y artesanales) y los que aportan servicios (sacerdotes, funcionarios), en fin, entre *quienes producen* y *quienes controlan la producción* a través del mecanismo redistributivo” (Bravo, 2004: 59).

La burocracia se constituyó entonces en el sector privilegiado de la sociedad. Aunque existían antagonismos sociales, que estallaban en forma de revueltas y rebeliones o en luchas entre los burócratas, el monopolio militar e ideológico era ejercido por el Estado. Además, no existían límites legales o religiosos a la actuación del Estado y sus gobernantes, que se constituyeron en la cúspide legal y religiosa. En muchos de ellos, los gobernantes eran considerados dioses o semi-dioses, que estaban representados ante el pueblo por los burócratas y sacerdotes (Wittfogel, 1966: 152).

Por tanto, se gestó un sistema de estratificación en el cual el poder lo ejercía una elite de gobernantes que dirigía el trabajo colectivo, con el fin inmediato de asegurar el aprovechamiento fluvial y mantener las comunicaciones, mediante un extenso aparato burocrático. Era un sistema altamente jerarquizado, en el cual el mayor excedente producido por la agricultura permitía la existencia de grupos sociales especializados en tareas directamente no productivas: militares en torno al palacio y sacerdotes en torno al templo. Asimismo, el excedente permitía el intercambio entre diferentes grupos a una mayor escala, auspiciando la aparición de una clase artesanal y comercial.

Esta complejidad social, fruto de una mayor división social del trabajo, y las nuevas formas de jerarquía implicaron la aparición de nuevos sistemas de legitimación. Las organizaciones religiosas institucionalizadas cumplieron la misión de legitimar los nuevos sistemas de desigualdad. A partir de este momento se detecta un crecimiento de las organizaciones religiosas, patente por la aparición de enormes templos monumentales y de toda una actividad en torno a ellos. El templo tenía una importante misión en la regulación de la economía. Como ha recogido Marvin Harris (2004) las religiones de las primeras civilizaciones mantenían un importante intercambio de bienes en forma de donaciones a los dioses con una importante función redistribuidora. Los sacrificios animales e incluso humanos eran frecuentes. Solo posteriormente, en torno al año 1.000 a.c., hicieron su aparición las religiones incruentas. Sea como fuere, el papel legitimador de la religión en todos los desarrollos posteriores de la civilización ya se encontraba en las primeras sociedades agrarias.

#### **4. CONCLUSIONES: DE LAS CULTURAS A LAS CIVILIZACIONES**

Todos estos factores son la base social y material que configuró la aparición de las grandes civilizaciones históricas. Sobre la base de las culturas preexistentes se desarrolló una civilización que basada en la codificación de la cultura oral: lenguas escritas y notación matemática y musical, fue capaz de trascenderlas y llevar a la sociedad a cotas de progreso material e intelectual no vistas con anterioridad. Porque, como reconoce V. Gordon Childe, “la matemática es una consecuencia de las necesidades económicas de la revolución urbana, de una manera tan obvia como lo es la escritura” (1997: 270). Con esto simplemente se afirma que la civilización no surge de factores ideales desligados de la sociedad, sino que es el propio desarrollo social el que impulsó la emergente civilización y que esta retroalimentó desarrollos ulteriores. La acumulación de los conocimientos necesarios para la aparición de las civilizaciones no hubiera sido posible sin un aumento demográfico, sin la aparición de economías complejas como los sistemas hidráulicos, sin la creación de formas estatales o sin la institucionalización de organizaciones religiosas.

Asimismo, la aparición de la civilización corre pareja con una nueva complejidad estructural de las sociedades. Los medios para codificar la cultura: el

tiempo mediante el calendario, el conocimiento y el lenguaje mediante la escritura, el espacio y la medida mediante las matemáticas, y el arte y la música mediante los cánones estéticos y la notación musical, pasan a ser controlados por las elites que surgieron en todas las sociedades que alcanzaron tal grado de desarrollo. Hasta prácticamente la aparición de la modernidad, el uso de estas herramientas quedaba circunscrito a sectores muy pequeños de la población, integrados en las elites sociales. La cultura antropológica propia de la gente, que Raymond Williams (1994) denominó “cultura vivida”, era una realidad presente más allá de la codificación realizada por escribas y funcionarios, de la codificación propia de la civilización, que se heredó de las culturas preagrarias y que aún persiste en sus más variadas formas. La civilización actuó por medio de lo que Williams llamaba “tradiciones selectivas”, mediante las cuales las elites seleccionaban lo que consideraban “mejor” o “más adecuado” para integrarse en el registro culto o civilizado.

Este hecho produjo dos consecuencias que deben ser tenidas en cuenta en el análisis cultural posterior. En primer lugar, que la civilización surgió de un entorno social específico que auspiciaba la complejidad y la jerarquización social y que el elitismo cultural, es decir, la necesidad de especialistas en la esfera cultural, que tiene su correlato en la creación de niveles culturales, está inscrita en la misma existencia de formas culturales complejas o civilizaciones. Y, en segundo lugar, que la aparición de especialistas culturales: escribas, funcionarios, etc., significó, por un lado, un gran avance de todos los conocimientos al permitir una reflexión teórica y empírica organizada socialmente y, por otro, supuso la creación de tradiciones intelectuales: escuelas, tendencias, etc., fruto de la propia organización social del trabajo intelectual. Así pues, los orígenes sociales de la civilización han marcado en buena medida su desarrollo posterior y siguen influyendo en los debates actuales sobre la esfera cultural.

## BIBLIOGRAFÍA

- AMIN, Samir (1976), *Sobre el desarrollo desigual de las formaciones sociales*, Barcelona, Anagrama.
- BRAVO, Gonzalo (2004), *Historia del mundo antiguo. Una introducción crítica*, Madrid, Alianza.
- CAIRNS, Trevor (1990), *Los inicios de la civilización*, Madrid, Akal.
- CAMPBELL, Bernard (1996), *Ecología humana*, Barcelona, Salvat.
- CARNEIRO, Robert (1970), “A Theory of the Origin of the State”, en *Science*, 69: 733-738.
- CAVALLI SFORZA, Luigi Luca (2007), *La evolución de la cultura*, Barcelona, Anagrama.
- CHILDE, Vere Gordon (1997), *Los orígenes de la civilización*, México, FCE.
- CHRISTIAN, David (2007), *Mapas del tiempo. Introducción a la “Gran Historia”*, Barcelona, Crítica.
- DIAMOND, Jared (2004), *Armas, gérmenes y acero. Breve historia de la humanidad en los últimos trece mil años*, Barcelona, Debate.
- (2006), *Colapso. Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, Barcelona, Mondadori.

- (2007), *El tercer chimpancé. Origen y futuro del animal humano*, Barcelona, Debate.
- GALTUNG, Johan (1995), *Investigaciones teóricas. Sociedad y cultura contemporáneas*, Madrid, Técnos.
- GOMIS BLANCO, Alberto (1992), *Las civilizaciones fluviales: Egipto y Mesopotamia*, Madrid, Akal.
- HARRIS, Marvin (1986), *Caníbales y reyes. Los orígenes de las culturas*, Madrid, Alianza.  
- (2004), *Nuestra especie*, Madrid, Alianza.
- KERBO, Harold R. (2003), *Estratificación social y desigualdad. El conflicto de clase en perspectiva histórica, comparada y global*, Madrid, McGraw-Hill.
- KOTTAK, Conrad Phillip (1994), *Antropología*, Madrid, McGraw-Hill.
- KRISTIANSEN, Kristian (2001), *Europa antes de la historia*, Barcelona, Península.
- LARA PEINADO, Federico (1988), *El nacimiento de la civilización*, Madrid, Grupo 16.
- LÉVÊQUE, Pierre (Dir.) (1987), *Las primeras civilizaciones. Tomo I. De los despotismos orientales a la ciudad griega*, Madrid, Akal.
- MALINOWSKI, Bronislaw (2001), *Los argonautas del Pacífico Occidental. Comercio y aventura entre los indígenas de la Nueva Guinea Melanésica*, Barcelona, Península.
- MARX, Karl (1968), *Formaciones económicas precapitalistas*, Barcelona, Estela.
- OLTRA, Benjamín (1995), *Cultura y tiempo. Investigaciones de Sociología de la Cultura*, Alicante, Aguaclara.  
- (2000), “A la luz del Mediterráneo. Culturas, civilizaciones y sociedades”, en *Barataria. Revista Castellano-Manchega de Ciencias Sociales*, 2-3: 13-26.
- POLANYI, Karl (1994), *El sustento del hombre*, Barcelona, Mondadori.  
- (2003), *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, México, FCE.
- POLANYI, Karl, ARENSBERG, Conrad M. y PEARSON, Harry W. (Dirs.) (1976), *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, Barcelona, Labor.
- REDMAN, Charles L. (1990), *Los orígenes de la civilización: desde los primeros agricultores hasta la sociedad urbana en el Próximo Oriente*, Barcelona, Crítica.
- SERVICE, Elman R. (1984), *Los orígenes del Estado y de la civilización: el proceso de evolución cultural*, Madrid, Alianza.
- STEWART, Julian H. (1949), “Cultural Causality and Law: A Trial Formulation of the Development of Civilizations”, en *American Anthropologist*, 51: 1-27.
- TUDGE, Colin (2000), *Neandertales, bandidos y granjeros. Cómo surgió realmente la agricultura*, Barcelona, Crítica.
- WILLIAMS, Raymond (1994), *Sociología de la cultura*, Barcelona, Paidós.
- WITTFOGEL, Karl August (1966), *Despotismo oriental. Estudio comparativo del poder totalitario*, Madrid, Guadarrama.
- WOLF, Eric R. (1975), *Los campesinos*, Barcelona, Labor.  
- (1982), *Europa y la gente sin historia*, México, FCE.